

LA VIDA CONTEMPORANEA

MÚSICA Y CUENTOS

Uno de los fenómenos que tendrían más difícil explicación, caso de tener alguna, es el de la esterilidad de la ópera española. ¿Hay acaso condiciones de clima bajo las cuales la ópera se produce, como las hay favorables a la madurez de los plátanos, de los melones y de los albricigos? ¿Hay países, en este terreno, privilegiados? Y si los hay, ¿en qué se conocen y qué circunstancias influyen para lograr el privilegio? Imposible decirlo. — Alemania é Italia, no sólo no se parecen, sino que contrastan en todo; en raza, en clima, en creencias, en civilización. Sin embargo, Alemania é Italia crían la ópera.

Va Francia no la cría sino laboriosamente, como fruto de estufa, como algo más debido al artificio y á la sabia composición y cultivo intensivo que á fuerzas propias del suelo. Y en llegando á la parte de acá de los Pirineos, la ópera se agosta y languidece, hasta quedarse más seca que el esparto.

Va sé que mi afirmación, como todas las afirmaciones de carácter general, puede desmentirse con citas y datos que encierran una verdad parcial y relativa. No por eso dejaré de ser exacta, en conjunto. Que á los esfuerzos realizados haya correspondido algún resultado; que se hayan escrito óperas, y entre ellas no falte algo que alabar y se note el loable empeño de asimilarse los métodos que tanta gloria han valido á los maestros alemanes de nuestro siglo, no desvirtúa lo aseverado antes. Podrá existir una ópera ó dos ó seis que sean dignas de aprecio y de loor, y no existirá, realmente, ópera española, con vitalidad artística suficiente y caracteres propios.

La misma lengua castellana diríase que se opone á que llegue á obtenerse tal resultado. Tenemos el derecho de proclamarlo los que hace muchos años nos servimos de este idioma al cual se aplican á bulo calificativos, unos más fundados que otros: — el español es duro para el verso y para el canto: sólo es amplio, sonoro y lleno en el período de la prosa. — Alguna razón de ser reconocerá el fenómeno, por pocos observado, de la relativa inferioridad de nuestra poesía lírica en los llamados siglos de oro de la literatura. Para libretos de ópera, el castellano se des-
pega. Hay dialectos ó lenguas regionales en la península que vencen en semejante respecto al castellano. El gallego (no lo tomen á risa los que creen que sólo hablan gallego los aguadores de sainete) es más eufónico para el canto, mucho más. He comprobado que media hora de recitar versos castellanos fatiga la garganta y enronquece la voz doblemente que una hora de recitar versos gallegos ó italianos. Lo ligado y dulce de la pronunciación es auxiliar del ritmo y acaricia el oído.

El año pasado se cantó en el Real *La Walkyria* en español, y recuerdo que, á pesar de la sublimidad de la partitura, el público sentía ganas de reír cuando alguna frase, por ejemplo aquella de «Prepara el hidromiel,» se destacaba sobre la música y resonaba

secamente. Este año, al estrenarse la *Raquel*, de Bretón, ha sucedido lo propio. Parece que versos enteros promovieron la hilaridad del público — y yo creo que esta hilaridad no se explica por la calidad literaria ó iliteraria más bien del libreto (malo de remate, según fama), sino sólo por la extrañeza que origina la lengua española en libretos de ópera, y por lo inadecuado de la misma lengua para la dulzura y lo fundente musical. La risa y la chacota nacen de la mortificación del oído.

Se me objetará con las zarzuelas. Las zarzuelas, es cierto, se han cantado en español siempre, y no han provocado á risa. Quizás sea porque las zarzuelas no tienen las pretensiones de la ópera, ni se exhiben en el Real, ni se asiste á ellas con frac y gardenia á la *boutonnière*. No se ha estudiado bastante el influjo de la gardenia en el ojal para predisponer á la severidad y á la ironía. Lo cierto es que las zarzuelas han merecido mejor trato que las óperas. Yo, que no entiendo de música, que estimo siempre el esfuerzo y el trabajo artístico, porque sé cuánto cuesta, cuán arduo es, me guardaría de calificar severamente ni á la recién estrenada *Raquel* ni á ninguna de las óperas españolas que han aparecido con varia fortuna en el teatro Real; me limito, pues, á decir que, habitualmente, los espectadores salen rabiando de los estrenos á que aludo. Ciertamente también salían furiosos de la *Walkyria* y del *Barco fantasma* y de *Lohengrin* la primera vez; cierto que han ido habituándose á algunas obras españolas, por ejemplo *Los amantes de Teruel* y *Garín*, oídas ambas ya con tolerancia y aun con gusto y complacencia y admiración. Sin embargo, este desapego, este movimiento de prevención, mucho indican. No entra en la gente la ópera nacional.

Es un error palmario de los maestros españoles conceder tan escasa importancia al libreto. El libreto ejerce influencia capital; é influencia no menos decisiva, la habilidad en reducir, proporcionar y equilibrar la cantidad de música. Se queja todo el mundo de lo extenso; nadie lamenta que las cosas sean breves. Y nótese que caen en el error de la prolijidad los más expertos y sabios músicos, poetas, oradores y novelistas. No vale la experiencia para enseñarles á precaverse. Wagner es prolijo, quién lo duda; pueden los demás escudarse con su mal ejemplo; sólo que ni aquí abunda la paciencia alemana para escuchar y sentir, ni ha de negarse al genio verdaderamente excepcional de Wagner algún privilegio excepcional igualmente.

De todo lo que voy diciendo se desprende que la *Raquel* de Bretón — no la he oído todavía — no agradó; no fué bien acogida, ni correspondió á las esperanzas que en ella habían depositado los muchos admiradores que posee el maestro. No es razón para desanimarse, ni para que se digan pestes — las dicen muchos — de la música española. Aunque estas latitudes no sean favorables al florecimiento de la música, una nación debe intentarlo todo. Dicen los inteligentes que hay tesoros en los archivos de nuestras catedrales; sabemos los aficionados á las costumbres populares que en las regiones de España existen de lícitos temas y canciones fresquísimas y de marcado sabor. Estos elementos, y la graciosa música derivada de ellos, y que retoza en las zarzuelas y se mete por los oídos y no nos deja vivir á fuerza de insinuarse y de pegarse, constituyen, es innegable, un contingente que España haría mal en despreñar. La ópera es forma la más exquisita; pero hay otras muchas formas musicales interesantes, gérmenes acaso de un desarrollo que traerá el porvenir, modificando quizás el genio de nuestra raza.

A la música ligera y alegre sería pedantesco tratarla con desdén. Su facilidad está llena de encanto. En esto descollamos los españoles. En toda Europa y por supuesto en las dos Américas se ejecutan y tararean nuestros pasos dobles, tangos, danzas, jotas y coros humorísticos. Me refirió una viajera que en el primer café cantante de Nueva York donde puso el pie, la recibió el terceto de los ratas de la *Gran Vía*. Este terceto parecía algo local, algo propio sólo del ambiente madrileño, y no obstante era artículo de exportación, género internacional. Puesto que hemos logrado dominar este género, atengámonos á él. Escriban óperas enhorabuena, pero confiemos en las zarzuelillas y en su picaresca sandunga.

Y los que escriban óperas, que escarmienten; que mediten bien el libreto. A veces, como decían nues-

tros padres, más cuesta el salmorejo que el conejo. Es lástima que el elemento musical se elabore con primor, con estudio y detenimiento, y el literario aparezca relegado, no á segunda, á décimotava fila. Hablo, en lo que se refiere á *Raquel*, de memoria; pero es tan unánime la opinión de la prensa y de los que asistieron al estreno, en lo que se refiere á la inferioridad del libreto, que debe de valer muy poco. Y la leyenda se prestaba; había allí, ó podía haber, calor de romanticismo, fuerza de pasión, color de Edad Media, muchas cosas favorables á la inspiración musical. Que fuese ó no fuese conseja, fábula y hasta calumnia lo de los amores del rey con la hebrea, importaría un bledo; el poeta tiene derecho á aprovechar mentiras poéticas, que acaso — ¿quién podría afirmar lo contrario? — se fundan en alguna verdad transmitida por la tradición é ignorada por la historia, una ignorante y además una escéptica, desconocedora de la inmensa plasticidad novelesca que encierra la realidad sencilla, no inventada.

El Liberal ha abierto un concurso de cuentos, y publicado los lemas, creo que seiscientos sesenta y siete, nada menos, de los presentados á este concurso. Si cada cuento es de un cuentista, floreciente en cantidad anda la literatura cuentera en nuestra patria. Cerca de setecientos cuentistas, no creo que los tenga Francia, país donde el cuento se ha cultivado, desde la reina Margot y Voltaire y Diderot acá, con brillantez y con fortuna. Lo que sospecho es que muchos habrán enviado su docena de cuentos, por si no acierta uno que acierte otro.

Es entretenida y sugiere observaciones curiosas la lectura de los lemas. Los encuentro cortos y expresivos, y otros que parecen más adecuados á una *Memoria* presentada á la *Academia de ciencias políticas y morales*. Verbigracia: «El vicio y la miseria son el fin de los países mal gobernados.» — «La honradez será premiada.» — «Son infinitos Dios, el tiempo y el espacio.» — «El hábito constituye en el hombre una segunda naturaleza.» — «En el modo de ver está el gran secreto del arte.» — «El placer y el dolor corren parejas por el mundo.» — «El estrecho de Behring fué un día el puente ó el istmo.» — «La misión del hombre en el mundo es amar y proteger á la mujer.» — «Hay una cosa que deben evitar siempre los hombres.» — «Caridad es el amor á Dios, reflejado sobre los hombres.» — «Matad la necesidad y quebrantaréis el vicio.» Etcétera, etcétera.

Vienen después los lemas latinos, que abundan como la hierba, y son aquellos de candonga y muletila archiconocidos, de sonido tan familiar ya como el de un *Dominus vobiscum*. Por ejemplo: «*Deus est charitas.*» — «*Nihil novum sub sole.*» — «*Suum cuique tribuere.*» — «*Spero lucem post tenebras.*» — «*Remember.*» — «*Labor prima virtus.*» — «*Corriget videndo mores.*» — «*Nosce te ipsum.*» En fin, el latín de andar por casa, confanzudo y sobado y vencido por el uso y el abuso de varias generaciones.

Los hay asimismo inspirados en un sentimiento patriótico y de actualidad, que se reflejará probablemente en el texto del cuento, como se ha reflejado en el lema. Véanse algunas muestras: «¡Viva España!» — «Patria.» — «*Pro patria.*» — «Por mi Dios y por mi patria.» — «Morir por la patria no es morir.» — «*Dulce et decorum est pro patria mori.*» — «Castilla.» — «Patria (otra vez).» — «Victoria por los boers.» — «Ejército español.» — «¡Loor eterno á España!»

Algunos encierran un consejo literario, un conato de programa estético. Véase la clase: «El arte de la literatura es la cristalización de la vida.» — «El naturalismo es la literatura del siglo xx.» — «Realidad, altura, concisión.» — «Todo cuento, ó debe ser gracioso, ó tener moraleja.» — «El cuento debe ser en la prosa lo que el soneto es en la poesía.» — «Todo por el arte.» — «Quien hace un cuento hace ciento.» — «Un cuento debe ser una novela en pequeño.» — «El cuento es la forma literaria del porvenir.» — «El cuento puede ser espejo de las costumbres.» — «Para cuentecitos estamos.» — «El cuento es lo primero que se inventó.»

Y por remate de esta especie de disección de los lemas, en los cuales encuentro materia para reflexiones que omito, he de decir que algunos lemas descubren cierta sencillez idílica y cierta naturalidad y hombría de bien incontestables. Ahí van dos ó tres: «¡Qué mal café dan en los de Madrid!» — «Quinientas pesetas (el accésit).» — «La virtud siempre halla recompensa.» — «Los cuentos son un recurso ameno para los periódicos diarios...»

¿Verdad que tales lemas sosiegan los nervios como la tila?

EMILIA PARDO BAZÁN